



La NoveLa Gráfica

25cts.
Nº 33.

LA MANO DEL AMO
por Tom Mix

CATCH MY SMOKE
1922

LA MANO DEL AMO

Versión literaria de la comedia
cinematográfica de igual título inter-
pretada por el popularísimo artista

Tom Mix



Exclusiva
Hispano Foxfilm, S.A.E.
Valencia, 280
BARCELONA

ANNO II MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES NÚM. 38

LA NOVELA GRÁFICA
PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:
Rambla del Centro, 80, 1.^o
Teléf. 4656 A.—BARCELONA

Talleres Gráficos propios
Bou de San Pedro, núm. 9
Teléf. 1187 S. P.—BARCELONA



Sale los jueves

La mano del amo

I

En el tren que corría vertiginosamente por la llanura, Bob Stratton, contento y satisfecho de haber cumplido con sus patrióticos deberes, regresaba del frente una vez firmada la paz, que puso término a la Gran Guerra, con ánimo de dirigirse hacia el rancho de la Herradura, que había adquirido pocos meses antes de ingresar voluntario en las filas norteamericanas.

Su deseo por reintegrarse a aquella importante y fértil propiedad estaba justificada si se tiene en cuenta que alguien le esperaba allí con impaciencia. No vayan ustedes a maliciar, no se trataba de ninguna amazona bonita con quien hubiera cambiado, antes de partir para la guerra,

apasionados y sinceros juramentos de amor. No. No era la prometida de Bob Stratton la que aguardaba su regreso al rancho. Tampoco eran sus padres, ni sus tíos, ni sus hermanos, porque no los tenía. Quien se impacientaba en la espera ansiosa de Bob era... un caballo.

Sí, querido lector, amable lectora, no has leído mal ni se trata de un *gazapo* del linotipista. Hemos escrito "un caballo", y, al estampar estas dos palabras, no vayas a creer que nos referimos a la suegra de Bob Stratton — que no la tenía porque era soltero y libre de todo compromiso — ya que algunas veces, las mamás políticas se hacen acreedoras a semejante calificativo. Un caballo que atendía por "Tony" y que durante varios años había sido el compañero de todas las aventuras de Bob. A fuerza de ir juntos, se entendían como dos viejos amigos. Stratton le hablaba igual que a una persona y "Tony" le contestaba con las orejas, meneando la cola, torciendo el morro, piafando o relinchando, según las circunstancias, como si quisiera decirle: "Sí, sí, ya te entiendo. Continúa, continúa, que estoy contigo".

Cuando Bob decidió unirse a los "Sammies" que iban al frente europeo a sostener los fueros y el prestigio de la bandera estrellada, dejó en el rancho una abundante provisión de dólares, suficiente para atender a cuantos gastos se originaran hasta efectuarse la cosecha, y encargó que cuidasen a "Tony" a cuerpo de rey, como

si se tratase de un descendiente en línea directa del famoso Pegaso

—Bloss — dijo a su capataz —, sólo te encargo una cosa: que cuides a "Tony" como si fuera el dueño y señor de este rancho. Procura que no le falte nada; llama al veterinario a la menor indisposición que sufra y sácale a paseo con frecuencia, porque si no hace ejercicio, se pondrá enfermo.

Después de dictadas estas disposiciones, Bob Stratton embarcó con su regimiento en un veloz trasatlántico que, burlando minas, torpedos y bloqueos submarinos, lo llevó a Francia, en donde hizo una campaña brillantísima que le valió la admiración y el aprecio de todos sus compañeros de armas.

Bob se asomó a la ventanilla del coche. Faltaban algunas millas todavía para llegar. De pronto, se oyeron unos disparos casi rozando al tren y el ex combatiente dió un grito de sorpresa al ver galopar no muy lejos, un caballo que reconoció enseguida.

Era "Tony"!

Sí, señores; "Tony" en caballo, porque no podía ser en persona, que corría como un condenado perseguido por las balas...

El tren, que acababa de entrar en una curva, moderaba su marcha. Bob no vaciló un instante. De un salto tan limpiamente realizado como prodigioso, se apeó del wagón y fué a caer sobre la mullida tierra, cubierta de hierbas que amort

tiguieron el golpe. Los disparos habían cesado.

—¡Tony! ¡Tony! — gritó.

El inteligente animal volvió la cabeza, como quien dice: "¿Quién me llama por ahí?" y quedó un momento con la mirada en suspenso.

—¡Tony! ¡Tony! ¡Soy yo! — volvió a gritar Stratton. (

El animal aceleró su carrera y a los pocos momentos alcanzó a su dueño, empezándole a testimoniar su alegría con gestos que no podían ser más expresivos.

Bob acarició al noble bruto y como en aquellos lejanos tiempos en que cabalgando sobre él y sin otra fortuna que "Tony" y su lazo, conversaba con él como si fuera una persona, empezó a hablarle:

—¿Quién es el cafre que te perseguía a tiros? ¡Dímelo, que me le voy a comer las tripas! Si era Bloss, te aseguro que va a pagarme muy cara su fechoría!

"Tony" le miraba como si le quisiera expresar su agradecimiento por tanto interés y solitud.

—Pues sí, querido "Tony" — siguió diciendo Bob —, te he encontrado mucho a faltar, allá en Francia. ¡Que de cosas hubiéramos hecho los dos juntos! Allí tus congéneres son unos miserables pencos que no aguantan treinta millas de carrera... Son caballos de raza inferior, así como si dijéramos: los párias de la raza caballar...

El caballo le escuchaba con el oído atento, tal y como si le entendiera palabra por palabra.

—Siéntate, siéntate sobre la hierba, como yo, —dijo Stratton—. Ahora voy a contarte lo que me ocurrió allá en Europa. Verás, verás qué interesante es...

La mano del amo volvió a posarse cariñosamente sobre el animal.

—También ha sido casualidad que nos encontráramos, ¿verdad “Tony”? No me negarás que he llegado a punto...

Encendió un pitillo y continuó su charla.

—Pues sí, chico, sí. Me pasaron cosas extraordinarias. ¿Sabes de que es esta cicatriz que llevó en la mano? De una granada. Iba yo corriendo más deprisa que tú, en una motocicleta y ¡zás! estalló una máquina infernal a mis pies. Fuimos por el aire motocicleta y yo y suerte que quedé colgado en la rama de un corpulento árbol, doblado en dos como una servilleta, que sinó, no vuelvo. Cuando recobré el conocimiento llevaba dos días en el Hospital y yo creía que sólo hacía unas horas. ¡Tanto me dolía el enorme golpetazo!

Y así, contándole sus aventuras al caballo como si hubiera podido entenderlas, Bob estuvo largo rato sentado en el suelo al lado de “Tony”, hasta que decidió equiparse para ir a ver como andaba su rancho.

II

TRES horas más tarde, Bob, cabalgando sobre su fiel “Tony”, llegaba a Paloma, población cercana al rancho de la Herradura. Dirigióse a una tienda y allí pidió que le enseñaran el mejor modelo que tuvieran de pistolas del calibre cuarenta y cinco.

Mientras Stratton examinaba el arma, se le ocurrió preguntar:

—¿Sabe usted si ha estado por aquí recientemente un capataz que se llama José Bloss?

—¿Aquél que estaba en el rancho de la Herradura? —interrogó el tendero.

—El mismo.

—Ya no está allí. Compró la finca un tal Thorne, que por cierto tenía cara de muy pocos amigos y empezó a despedir a todos los potreros que había en el rancho. Bloss fué a la calle con ellos.

—¿De manera que ahora Thorne es el dueño de la propiedad?

—El no, porque murió de una ración de coces que le propinó un caballo justiciero. Su hija administra ahora el rancho.

—Ya... Es curioso...

Bob no quiso revelar su verdadera personalidad.

—¿Es que por casualidad piensa usted ir a solicitar trabajo al rancho de la Herradura? —insistió el tendero.

—Psé... Podría ser...

—Pues si quiere un buen consejo, no vaya.

—¿Por qué?

—Porque allí hay muy mala gente. Está de capataz un tal Tex Linch que es una mala persona en toda la extensión de la palabra. Y como no le puede ver ni en pintura nadie que sea persona decente, se ha rodeado de un equipo de peones de lo más malo que hay por estos lugares.

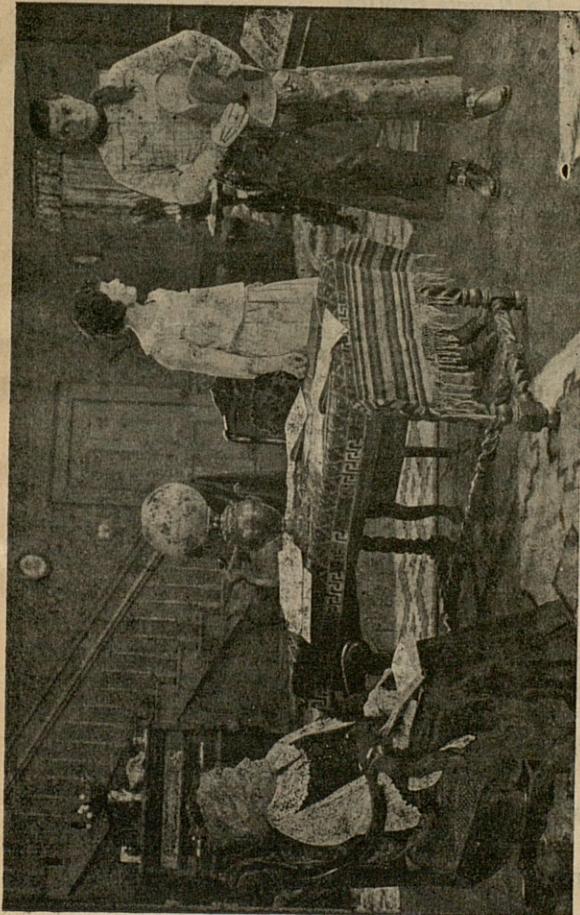
—¿De veras? — exclamó Bob con aire indiferente. — No será tanto!

Y pagando la pistola salió a la calle y empezó a reflexionar sobre todo cuanto acababa de saber.

—Pobre "Tony"! — pensó—. Es claro, como no sabe hablar, no podía explicarme que me habían robado la finca... Ya me extrañaba a mí que Bloss le persiguiera a tiros esta mañana... ¡Pobre "Tony", y que mal te deben haber tratado desde que esos sinvergüenzas se apoderaron del rancho! ¡Y yo, en Francia, tan contento, pensándome que estabas mejor cuidado que el caballo del Presidente de la República!

—¿Qué clase de mujer debe ser esa señorita Thorne que está al frente de mi finca? Algún marimacho, seguramente. Será cosa de ir y ponerle las peras a cuarto...

En el cerebro de Bob Stratton germinó de pronto una idea luminosa: Presentarse en el rancho solicitando colocación, ponerse a trabajar, averiguar cómo había ocurrido todo aquello y terminar la comedia con el triunfo de la verdad



—Venía a ver si había por aquí alguna plaza de vaquero.

y el castigo del culpable, ni más ni menos que en los cuentos para niños.

—“Tony”! — dijo a su fiel cabalgadura. — ¡Vuélvete al rancho, que ya vengo, eh? ¡Y mucha discreción! ¡Tú y yo no nos conocemos para nada! ¿entiendes? ¡Hop; ¡Adelante!

Y le pegó una palmadita en las ancas.

El inteligente “Tony” marchó hacia el rancho a trote corto y aire resignado, como quien dice: “¡Que le vamos a hacer! ¡Lo manda el amo, él sabrá por qué!”

Stratton esperó que “Tony” se hubiese alejado y al poco rato emprendió el camino del rancho de la Herrdaura.

Cuando llegó a la puerta, la contemplación de una figura que se hallaba en primer término le dejó absorto. Era una preciosa muchacha de unos dieciocho años, de ojos grandes y soñadores, aspecto simpático y porte sencillo.

—Perdone usted, señorita — murmuró Bob, quitándose respetuosamente el ancho sombrero con que protegía su semblante de los ardientes rayos solares. — ¿Podría usted darme razón de la señora Thorne?

—Señora, no... — repuso la joven —, porque soy soltera.

—Ah! ¿Entonces es usted misma? Excúseme...

—¿Qué deseaba usted?

—Venía a ver si habría por aquí alguna plaza

disponible de vaquero o peón. Regresé hace pocos días de Europa y...

—Puede quedarse — dijo sin vacilar la muchacha —, ¿verdad abuelita?

Una señora de unos sesenta y cinco años y aspecto bondadoso, que tomaba el sol cerca de la joven, asintió con la cabeza.

—Póngase de acuerdo con Tex, que es el capataz de la finca y le dará instrucciones. Supongo que estará muy contento, pues siempre dice que aquí no viene nunca gente a trabajar...

—Ya lo ves, “Tony”! — exclamó alegremente Bob cuando volvió a ver a su caballo. — Empleado en mi propia finca! Creo convendrás comigo en que me pasan cosas realmente extraordinarias!

III

DESDE el primer momento dióse Bob exacta cuenta de que en aquella finca ocurrían cosas muy raras y que todos los peones eran gente de la piel del diablo.

Al levantarse, la siguiente mañana, Stratton se dirigió a un prado donde pacían los caballos, con ánimo de ver si por allí andaba el capataz, a quien todavía no había visto.

Cuando estaba más distraído, unos gritos de

terror llamaron su atención y una escena de sádica crueldad se desarrolló ante sus ojos.

Uno de los potreros, con el hierro candente de marcar el ganado, perseguía a un muchacho de unos catorce años, de mirada dulce y aspecto algo torpe, que lanzaba agudos gritos demandando auxilio.

Bob se interpuso entre víctima y verdugo.

—¡Hombre! — le dijo al potrero —. ¡No sea usted cafre!

El muchacho lloraba amargamente.

—¿No te dá vergüenza llorar como un chiquillo? — preguntó el hombre del hierro candente, mostrándole la enrojecida marca —. ¡Si apenas está tíbio!

—Bueno — dijo Bob —. Esté tíbio o esté fresco, lárguese de aquí y no moleste a este pobre chico.

El potrero miró de arriba abajo a Stratton con aire de desprecio, pero cuando se hubo dado cuenta de que tenía enfrente a un hombre alto, robusto y provisto de excelentes puños, optó por marcharse refunfuñando.

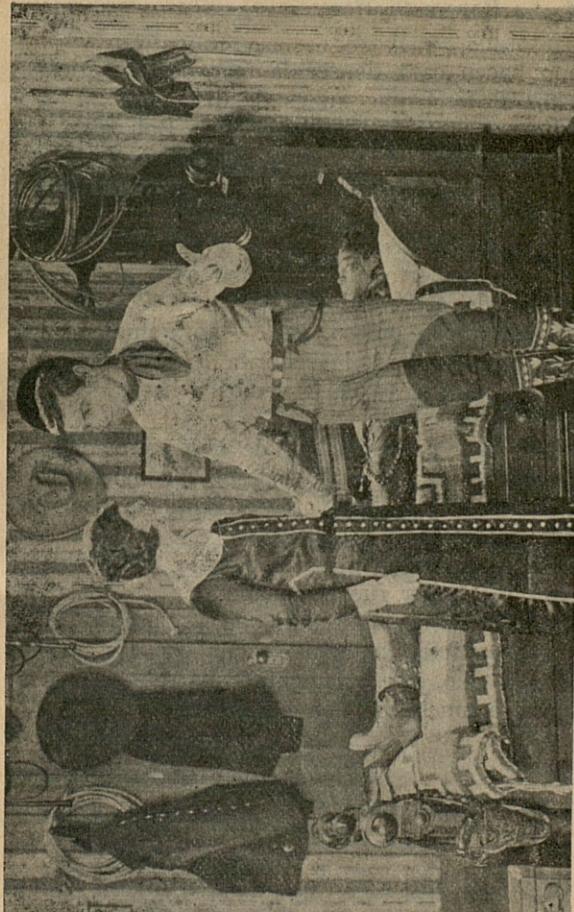
—¿Cómo te llamas, pequeño? — interrogó Bob.

—Buddy, para servirle a usted...

—¿Y qué haces aquí?

—Soy el aguador.

—Bien chico, bien. Se conoce que los trabajadores de aquí son muy amables, ¿verdad? Sobra



—¿Quién vive en este cuarto?

todo hacen cara de ser la mar de simpáticos... vistos a doscientas millas de distancia.

En estas, un hombre alto como Bob, algo des-
cuidado y de mirada torva, se encaró con él.

—¿Quién es usted y qué diablos hace aquí?

—Me llamo Bob Green, para servirle — repu-
so Stratton —, y me empleó la señorita Thorne.

—¡Le advierto que no tomo aquí al primero
que se me presenta!

—Ya me lo pienso, ya... Ahora que, mire lo
que son las cosas: la señorita Thorne me tomó
así que me vió. ¡Que le vamos a hacer! ¡Suerte
que tiene uno!

—Bueno, pues quédese de momento aquí con
los caballos, y tú, Buddy, desde esta noche a vi-
gilar el potrero del Norte, y ¡cuidado con que-
darte dormido!

Pocas horas más tarde ocurrió un accidente
extraño. Buddy fué alcanzado por una bala du-
rante la guardia. Por más que se buscó y se re-
buscó, no hubo manera de dar con los autores
del atentado, que solamente consiguieron inferir
al pobre muchacho una herida superficial.

IV

BOB estaba fumando un pitillo en el patio,
cuando llegó Buddy, en brazos de dos peo-
nes. Corriendo fué a ver lo que le ocurría
al muchacho a quien desde los primeros momentos
atendía solícitamente la señorita Thorne.

Stratton examinó la herida

—No tiene importancia, señorita — dijo —. Si
usted me permite, yo mismo le cuidaré. Sé lo que
son las rozaduras de bala. Ahora, lo esencial es
aposentarlo en una buena habitación.

—Arriba hay una deshabitada — hizo notar
la joven.

—Pues vamos a ella.

La mayor de las sorpresas esperaba a Bob.
La habitación era la suya propia y estaba in-
tacta, tal como la había dejado hacía dos años!

Buddy fué colocado en el lecho y cuidadosa-
mente desinfectada y vendada su herida.

—¿Quién sospechas que habrá sido el autor
de esta salvajada? — interrogó Bob a Buddy —
¿Ladrones de ganado?

—No, señor, no... — respondió el herido —.
No fueron ladrones de ganado. Tuvo que ser
alguien de la cuadrilla de aquí... Quien sabe si
el mismo Tex...

—¿Crees tú...?

—Las cosas andan aquí muy mal desde media-
dos de año. A partir del día que llegó Tex y ex-

plicó que un caballo había muerto al padre de la señorita, empezó a despedir a los viejos vaqueros, tomando gente nueva que nadie sabía quienes eran ni de donde venían. Además, dispararon contra dos de ellos, como ahora han hecho conmigo...

La señorita Thorne llamó a Tex.

—Sería preciso — le dijo —, extremar la vigilancia y evitar que ocurran casos como el de hoy con el pobre Buddy. ¡Ya es la tercera vez que ocurren atentados en esta finca!

—Estoy haciendo todo lo posible para que no sucedan hechos de esta naturaleza, señorita, pero resulta inútil luchar contra esos bandidos. Yo, de usted, si me hicieran una oferta razonable por este rancho, me lo vendería.

Y al pronunciar aquellas palabras, en los ojos de Tex brilló el fuego de la ambición, el deseo vehemente de llegar a poseer la valiosa finca.

—Bien, Tex, bien — contestó la señorita Thorne —. Por ahora no tengo intención de vender el rancho, pero en fin, si más adelante...

Cuando Tex marchó y quedaron solos con la abuela, Bob no pudo evitar de decir a la joven:

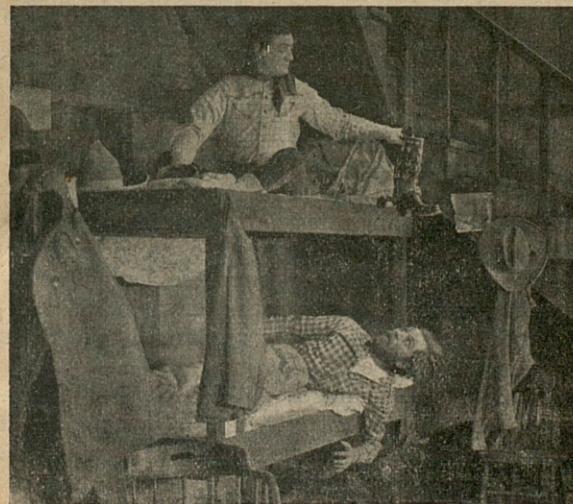
—Usted perdonará sin duda mi atrevimiento, señorita, mas no puedo resistir a la tentación de hacerle una pregunta.

—Diga.

—¿Quién vive en este cuarto?

La propietaria accidental del rancho de la Herradura, sonrió.

—¡Ah! Ya comprendo... — contestó —. Sin duda halla usted a esta habitación un aspecto completamente distinto de las demás. Voy a satisfacer, muy gustosa, su curiosidad. Este cuar-



Aquel empezó a desnudarse lentamente

to pertenecía al antiguo propietario de la finca, que murió en Francia combatiendo bravamente en las filas americanas. Yo, soy muy respetuosa para con los muertos y se me ocurrió dejar intacta esta habitación. Me parece así como si la

mano del antiguo dueño nos señalara las dificultades y los sinsabores que en esta casa nos esperan.

—Tiene uted razón, señorita — repuso Bob con una sonrisa—. Tal vez, en efecto, el espíritu del amo ande flotando por aquí y ejerza todavía algún influjo misterioso. Con su permiso, señorita, voy a retirarme a descansar, porque es muy tarde y, hasta mañana, el pobre Buddy no necesitará de mis cuidados.

A Bob le habían señalado como lecho un artefacto un poco extraño. Era una cama de dos pisos, como los camarotes de los barcos. En el lecho superior dormía Stratton y en el inferior, Tex. Aquél empezó a desnudarse lentamente y fué lanzando todas sus ropas al suelo, pero intencionadamente, desvió la puntería, haciendo las caer encima de Tex.

—¡Oiga usted, amigo! — dijo Tex—. ¡Si cada noche va usted a tirar la ropa encima de la cama de los demás, puede largarse a dormir con viento fresco a otra parte!

—¡Muy bien, mi capitán! — contestó en tono burlón Bob Stratton.

Y desde aquella noche memorable, la antipatía entre ambos creció considerablemente.

V

CONVENCIDO de que Buddy decía verdad al acusar al propio Tex de ser el autor del atentado y viendo por otra parte confirmarse sus sospechas contra el capataz, Bob se dedicó desde el día siguiente a seguir los pasos a aquel truhán.

No tardaron en acentuarse los motivos que tenía Bob para dudar de la honradez y buenos propósitos del encargado del rancho.

Pocos días después de haber sido herido Buddy y cuando precisamente éste, ya repuesto de la lesión, empezaba otra vez a salir al campo, Bob vió como, mientras Tex mandaba a unos obreros a terminar un trabajo urgente, sin duda para quedarse solo, llegaban a verle dos individuos, elegantemente vestidos, que montaban un magnífico automóvil.

Los tres individuos empezaron a hablar en voz baja, de manera que Bob, que se había ocultado allí cerca, entre unas matas, no pudo oír la conversación.

—Les repito — dijo de pronto Tex —, acorlándose y elevando el tono de su voz —, que ese forastero se ha enterado de todo. ¡Como no le quitemos de enmedio, nos denunciará!

—¡Ah, no! ¡Eso de ninguna manera! — gritó uno de los dos desconocidos —. ¡Nada de batazos!

—Bueno, pues utilizaremos otros procedimientos — replicó friamente Tex—. Lo esencial es quitárnoslo de en medio. Desde luego, este trabajo corre de mi cuenta y no hay más que hablar.

—Esta gente — pensó Bob —, van por ti, sin duda alguna. Habrá que tomar las oportunas disposiciones...

No se curó en salud lo bastante para salvaguardarse. Al día siguiente, Bob fué objeto de un atentado. Unos enmascarados le persiguieron por un camino y sino porque providencialmente se encontró con la señorita Torne que pudo ponerle en salvo y ocultarle a las pesquisas de sus enemigos, a buen seguro que los supuestos agentes de Tex logran hacer de las suyas.

—No se asuste, Bob — le dijo la muchacha, que sin duda estaba acostumbrada desde hacia muchos años a la vida de los ranchos. Esto ocurre a cada momento por estos parajes. Descanse un poco y regresaremos al rancho.

—No me convienen mucho, de momento, aquellos lugares — replicó Stratton—. En lugar de hacerme volver allá, donde a buen seguro me tienen preparada otra celada, puede usted hacer otra cosa, si no tiene inconveniente...

—Ninguno, Bob, al contrario...

—Pues bien: mándeme a Buddy, pero de manera que Tex no sepa en donde estamos ni el muchacho, ni yo.

—Conforme. Adiós, Bob, y que Dios le proteja...

Y la señorita Thorne se fué cerro abajo, mientras Bob pensaba:

—¡Que bonita es! A buen seguro que ese bandido de Tex la corteja...

Horas más tarde, llegaba Buddy, encantado de servir a su protector, a las órdenes de quien se puso desde el primer momento.

—¡Bravo, chico! — exclamó Bob en cuanto le vió llegar. — Tu presencia me conviene mucho aquí, pues no sabiendo en donde estamos, nuestros enemigos se desorientarán y nos será más fácil enterarnos de sus planes.

Diciendo esto, sacó un pitillo de su cigarrera y lo encendió, arrojando luego el fósforo encendido al aire.

La cerilla cayó sobre una rama seca y a poco ésta empezó a arder con tal rapidez que Bob contempló con extrañeza la llama que se había producido.

—Que color más extraño — dijo —. En mi vida había visto una rama arder con una llama tan rara...

Perplejo, Bob seguía mirando, cuando de pronto se dió una palmada en la frente.

—¡Demonios! — gritó por fin —. ¡Ya sé lo que es! ¡Ya lo sé! ¡Somos ricos, Buddy, somos ricos! ¡Que digo? ¡Millonarios!

Buddy pensó, con razón, que su amigo y protector se había vuelto loco.

—¿Qué le ocurre a usted, señor Bob? — le

preguntó. — ¿Por qué dice usted que vamos a ser ricos?

—¡Porque aquí hay petróleo! Sí, querido Buddy; aquí, en el potrero del Sur, ha de haber un yacimiento importantísimo. Ven, que vamos a empezar enseguida la exploración.

Y mientras ambos principiaban a sondear el terreno, Bob se decía:

—Ahora me explico el enorme interés que tiene Tex en quedarse con el rancho!

VI

No se había equivocado Bob al asegurar que en el potrero del Sur había un yacimiento petrolífero. Los sondeos preliminares que, por procedimientos, naturalmente, rudimentarios, practicó con la ayuda del pequeño Buddy, dieron un resultado que permitía concebir las más halagüeñas esperanzas. El valor que podía obtenerse de aquellos terrenos era incalculable. Dos, tres millones de dólares, era una bicocha para el que quisiera adquirirlos y emprender su explotación. y no digamos el negocio fantástico que Bob podía llegar a desarrollar si, en lugar de vender aquel fortunón a cualquier empresa minera, se decidía, buscando capital y apoyo en los Bancos, a

establecer por su cuenta el negocio del petróleo. Estaba para volverse loco de alegría.

—Y que no pueda ir yo a contarte esto a "Tony"! — pensaba Bob, que no olvidaba nunca a su fiel cabalgadura, de quien se veía ahora, forzosamente separado. — La alegría que tendrá cuando vea que ahora es el caballo de todo un personaje influyente!

—Querido Buddy — dijo al muchacho —, ahora que acabo de ver el valor incalculable de esta finca, voy a explicarte la verdad y de paso te contaré todo lo que tenemos que hacer enseguida. Yo soy el dueño de este rancho. Yo no me llamo Bob Green, sino Bob Stratton, y aquí, no sé por qué razón, me tienen por muerto. En virtud de qué razones ha pasado esta propiedad a manos de la señorita Thorne, es cosa que ya se encargará la justicia de averiguar, mas es lo cierto que Tex conoce la existencia del petróleo en el potrero del Sur, y por este motivo quiere que la dueña se venda la finca. Yo sorprendí no hace muchos días a ese bandido hablando con dos señores, muy bien vestidos, que iban en un automóvil y que son, seguramente, poderosos y oponentes caballeros de industria que quieren asociarse con Tex para explotar las minas una vez que el perillán sea dueño de ellas. Ahora vamos a ir a Paloma y veremos al sheriff. Le denunciaremos lo que está ocurriendo, yo revelaré mi verdadera personalidad y allá se arregle la justicia con el perillán de Tex y sus secuaces. A la se-

ñorita Thorne, como me sobrará dinero, le daré unos cuantos billetes de a mil dólares para que se compre otro rancho y se gane la vida, y sino, le propondré que ella siga administrando la parte agrícola del rancho, porque a mí, con lo que produzcan las minas me basta y me sobra. Por consiguiente, vamos a Paloma, que ya tengo ganas de dejar este asunto resuelto.

Y los dos amigos marcharon hacia el pueblo, sin pensar que sus contrarios se estaban movilizando y no perdían tiempo para ver de estorbar todos sus planes.

Al llegar al pueblo, lo primero que hicieron fué ir a una especie de fonda-bar en donde comieron apíparamente, cosa que buena falta les hacía, pues con todos aquellos incidentes apenas habían probado bocado.

Después de reparar las fuerzas como corresponde a un hombre que está a punto de ser millonario, Bob se dirigió al camarero, pagó la cuenta y preguntó:

—¿Haría usted el favor de decirme si el sheriff de este pueblo vive muy lejos de aquí?

—¿El sheriff? — interrogó el camarero. — Precisamente está ahí dentro merendando con unos amigos.

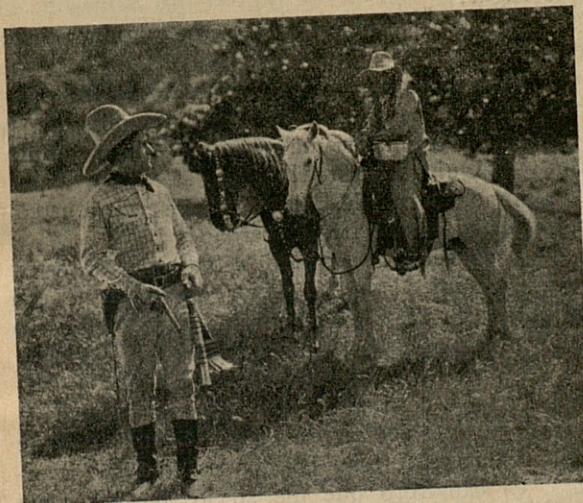
—¿En donde?

—En la otra sala, ahí dentro...

Bob Stratton penetró en la habitación que el mozo le había indicado y a penas hubo traspasado el umbral de la puerta, cuatro o cinco indivi-

duos de mala catadura que estaban dentro de la habitación, se pusieron en pie, arrojándose sobre él.

Pero Bob Stratton no había hecho en vano, durante muchos años, la vida de cow-boy. Empe-



la silueta de Tex se perfilaba ante sus ojos, montado en un brioso olazán.

zó a repartir puñetazos a diestra y siniestra; las sillas que había en la habitación volaron hechas añicos y a puñetazos, a mordiscos, a empujones,

y a patadas, rechazó al grupo que pretendía dominarle.

Pero los enemigos de Bob crecían y tal vez éste lo hubiese pasado mal si, en aquel momento, no hubiese resonado en el local una voz de trueno que rugía:

— ¡Paso a la autoridad! ¿Qué significa este escándalo?

Oírse aquella voz y desaparecer todos los malhechores de la sala, fué cosa de unos minutos.

— Una pregunta, si me permite — interrumpió Bob. — ¿Quién es usted?

— Soy el sheriff de Paloma, para servir a usted.

— ¿Usted el sheriff de verdad?

— Oiga, ¿se ha pensado usted que yo estoy para bromas? ¡Haga el favor de hablarme con un poco más de respeto, porque si no, le mando detener por ofensas a la autoridad.

— No era mi intención ofenderle, señor — respondió Bob —, pero en este país es cosa de no fíarse mucho. Yo venía, precisamente, en busca de usted y pregunté aquí en donde tenía su domicilio. El camarero que me sirvió, me dijo que el sheriff a quien, como usted ve, yo no tenía el gusto de conocer, estaba merendando dentro de esta habitación con unos amigos. Yo, confiado, entré, y me hallé con cinco individuos que, de buenas a primeras se arrojaron sobre mí y si no empiezo a repartir trompazos a derecha y a izquierda, lo paso bastante mal...

— ¿Con qué dice usted que el camarero le di-

jo que yo estaba aquí merendando? ¡A ver, patrón, haga el favor de traerme el pollo que ha servido a este señor!

— A él andaba buscando — respondió el dueño del establecimiento —. Cuando ha ocurrido el incidente ese de ahí dentro, yo no sé si le ha entrado pánico, lo cierto es que ha desaparecido del local sin que yo me diera cuenta, y lo que más siento es que se me ha llevado la recaudación.

— Bien — respondió el sheriff —. Me basta. ¿Y no sabe usted por qué le han agredido?

— Ya lo creo — dijo Bob. En pocas palabras le explicó los antecedentes del hecho.

Y, a grandes rasgos, pero no sin dejar de hacer el correspondiente elogio de "Tony", Stratton contó toda la historia del Rancho de la Herradura.

— Entonces, no tiene usted por qué preocuparse. Casos de individuos a quienes se les cree muertos y luego resulta que han salido indemnes de la guerra, ocurren a cada momento y su tramitación es sencillísima. De manera que, si usted quiere, mañana puede usted venir a buscarme a primera hora de la mañana y podremos hacer todo lo necesario.

Y, con un cordial apretón de manos, el sheriff se despidió de Bob Stratton, que regresó encogida al rancho, sin darse cuenta de que toda su conversación había sido escuchada por dos de sus agresores que, ocultos tras de una empaliza-

da, habían asistido a su entrevista con el sheriff y que, naturalmente, marcharon a todo correr a avisar a Tex del nuevo peligro que sobre ellos se cernía.

—¡Ese maldito Bob, es el antiguo dueño de la finca y ha explicado al sheriff todo lo ocurrido. ¡Hemos de darnos prisa para detener el golpe!

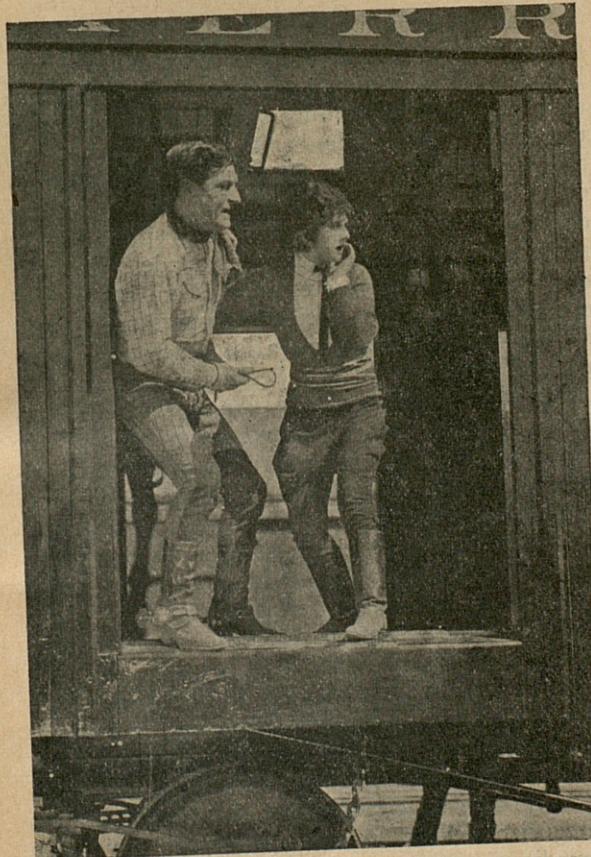
Este no tardó en realizarse. Momentos más tarde, la señorita Thorne era secuestrada por sus propios criados, puestos de acuerdo con Tex, que la condujeron a un lugar apartado y allí quisieron obligarla, revólver en mano, a firmarles el contrato de venta del rancho a favor del criminal capataz.

VII

CUANDO Stratton llegó al rancho y se enteró de todo lo ocurrido, su cólera no tuvo límites.

La abuela de la muchacha, que había presenciado el secuestro, aterrorizada y, a pesar de sus años y sus achaques, había intentado oponerse a la consumación del delito, lloraba sin consuelo.

—No se desespere usted, viejecita! — dijo Bob —. ¡Yo la aseguro que pescaré a ese bandido donde sea y le haré decir, quiera o no quiera, en donde tiene encerrada a su nieta! ¡Como yo le pesque, la paliza que le voy a pegar va a ser de órdago...



Bob y la señorita Thorne, estaban salvados.

Stratton conocía demasiado bien aquellos lugares para no estar orientado sobre la pista probable de los delincuentes. A pocas millas del rancho había un paraje muy solitario, en lo alto de una colina, en donde había varias cuevas, que ordinariamente servían de refugio a los ladrones de ganado. Descartada la posibilidad de llevárselas en tren a la muchacha, cosa imposible, por su resistencia, el único lugar en donde verosímilmente podían estar los criminales era aquel. Hacia allá partió Bob, haciendo dispersar en semicírculo a sus compañeros, a fin de cortar la retirada al enemigo, si se presentaba oportunidad.

Stratton había acertado. Un cuarto de hora antes de llegar donde suponía escondidos a Tex y a sus cómplices, oyó un ruido sospechoso, como de pisadas de caballo, que parecía dirigirse hacia él.

Bob se tendió en el suelo y, en efecto, minutos después, la alta silueta de Tex se perfilaba ante sus ojos, montado en un magnífico alazán.

De un salto, Stratton se arrojó sobre el miserable, revolver en mano.

—¡Canalla! ¡Canalla! ¿Dónde tienes secuestrada a la señorita Thorne? ¡Como no me lo digas enseguida, te abrás los sesos!

Tex, por una verdadera casualidad, no llevaba encima ni un cortaplumas. Ante el imperativo categórico del cañón amenazador, no tuvo otro remedio que murmurar:

—¡Oh! ¡Yo!...

—¡No hagas más comedia! ¿En dónde está? ¡En la cueva grande, allá arriba, no? ¡Me lo presumía! ¡Bandido, granuja! ¡Sinvergüenza!

Bob no abandonaba nunca el lazo, que le fué en aquella ocasión de gran utilidad para poder inmovilizar a Tex. Le dejó en el suelo y siguió montaña arriba.

No esperaban los vaqueros, cómplices de Tex, aquella poco agradable visita.

—¡Alto! — gritó Bob, penetrando violentamente en la cueva —. ¡Manos arriba! ¡Al que oponga resistencia y no entregue a la señorita Thorne, le abrás los sesos!

Pero los vaqueros llevaban armas. Una terrible lucha se desarrolló en la cueva. Por fin, Bob logró descubrir a la muchacha, deshacerle las ligaduras que la retenían y los dos salieron hacia el desfiladero que conducía a la llanura.

Mas, Bob no había contado con que los enemigos eran muy numerosos y tenían tiempo de rehacerse antes de que él y la muchacha tuvieran tiempo de ponerse en salvo. En efecto, a los pocos minutos, fuertes descargas de arma larga partieron de la colina. Bob respondió a ellas con su pistola, pero no había igualdad de armas ni de fuerzas: el blanco que ofrecían Stratton y la muchacha era mucho mayor y el peligro crecía por momentos, si se tiene en cuenta que Tex había podido deshacerse de sus ligaduras.

Por la mente de Bob pasó una idea salvadora. Iban a cruzar la vía del tren y éste llegaba a ve-

locidad no muy crecida. Cogió en brazos a la joven y de un salto prodigioso, saltó a un wagón de mercancías.

¡Bob y la señorita Thorne estaban salvados!

o o o

EL epílogo de esta aventura ya lo habrán adivinado nuestros lectores y, sobre todo, nuestras lectoras, que quedarían defraudadas y descontentas si esta historia, como todo episodio humano, no llevase aparejada una historia de amor. Bob, que era buen muchacho, una vez aclarada su verdadera personalidad, recobró la propiedad del rancho, aunque parcialmente, pues la mitad se atribuyó a la señorita Thorne, con quien se casó pocas semanas más tarde. La mano del amo siguió, pues, pesando sobre el rancho, que se transformó en poco tiempo, con el producto de las minas, en una de las haciendas más ricas y mejor cultivadas de aquella comarca. Y "Tony", meneando satisfecho la cola, contempla todo aquello con aire alegre y risueño. Ahora su amo apenas le hace correr, como no sea para evitar que engorde demasiado. Buddy le monta ahora y le enseña a caminar a pasos lentos, sin sacudidas bruscas, y a obedecerle docilmente. Y es que Bob quiere tenerlo bien entrenado para dentro de dos o tres años, cuando su hijo, que ahora aun lleva pañales, empiece a decir: "¡Yo también quiero ser cow-boy, como papá!"

86